



RETRATO DE ANTONIO MARÍA GARCÍA BLANCO,
QUE SE CONSERVA EN LA ANTIGUA UNIVERSIDAD DE OSUNA.
FOTO: LUIS PORCUNA.

A PROPÓSITO DE LAS MEMORIAS DE ANTONIO MARÍA GARCÍA BLANCO

Por

MANUEL MORENO ALONSO

Catedrático de Historia Contemporánea (Univ. de Sevilla)

Antonio María García Blanco alcanzó a vivir una vida muy longeva, lo que le permitió dar en esta obra de *Memorias* una visión de una gran parte del siglo XIX. Su autor nació en Osuna en 1800 y murió en esta misma ciudad en 1889.

Por sí mismo fue un personaje muy interesante que, pese a su condición de eclesiástico, es un exponente del liberalismo carpetovetónico: el liberalismo exaltado, herencia de su padre, Antonio María García y García, diputado exaltado en las Cortes del Trienio Liberal (1820-1823), y del propio liberalismo exaltado suyo, del que dio buena prueba a su paso por la política como diputado en las Cortes Constituyentes de 1836-1837.

Una experiencia que, a partir de entonces, le llevó a adoptar una actitud crítica para con la propia política y los políticos, sin que en ningún momento claudicara de su liberalismo a ultranza, lo que, tras su desencanto con la práctica de este liberalismo radical, le llevó a mantenerse alejado, a pesar de sus evidentes simpatías, del progresismo, primero, y del republicanismo después.

En sus *Memorias* él es el primero en definirse políticamente como lo que era y quería ser: un liberal auténtico, «formidable» o, para decirlo con sus propias palabras, un «liberal exaltado» o «de buena ley», para quien la intransigencia era el síntoma de la honradez.

Pues, como él mismo manifiesta en el relato de su vida, en referencia a las Cortes en las que fue diputado, en ellas

«procuré seguir los consejos y la escuela política de mi padre, la de los liberales más exaltados». Para, seguidamente, admitir sin mayores matices que él fue conocido como «hebraísta y político exaltado», aunque, plenamente consciente de ello, en sus *Memorias* en algún momento reconoce «la exageración de mis doctrinas».

A lo largo de su prolongada vida fue un hombre auténtico, hecho a sí mismo en medio de todo tipo de dificultades a las que tuvo que hacer frente lo mismo en el medio rural que en el urbano, hombre de pueblo y del pueblo, sacerdote, educador nato, intelectual comprometido, profesor y filólogo de gran talla como hebraísta.

Su alumno Menéndez Pelayo elogió particularmente sus cualidades pedagógicas para la enseñanza de las lenguas, llegando a decir que «el estudio más árido y repugnante quizá de todos los estudios humanos, el estudio de las palabras... perdía toda su aridez al pasar por los labios o por la pluma de García Blanco». Facetas todas ellas sobre las que dio claves del mayor interés en el relato de su vida que, verdaderamente, como tal, es una fuente importante y original para el conocimiento del siglo que resume en su *Historia compendiada de una larga vida*.

Aunque su *Historia compendiada de una larga vida* (Osuna, 1887) es su autobiografía por excelencia, Antonio María García Blanco estuvo obsesionado a lo largo de toda su vida por su pasión autobiográfica, fruto de una aplicación y de un permanente deseo de conocerse a sí mismo poco común.

Su obsesión autobiográfica se encuentra ya en los numerosos escritos que, con anterioridad a 1834, dirigió por razones de su carrera a la Universidad de Sevilla, y que constituyen su expediente académico hasta entonces. En sus numerosos escritos en forma de instancia, que normalmente acompañaba de innumerables certificados, raro es aquél en el que no haga una observación personal de carácter autobiográfico.

Su obsesiva preocupación por autorretratarse y desnudarse ante los demás venía de muy atrás. Su primer ensayo autobiográfico se advierte en el escrito que dirigió al rector de la Universidad de Sevilla en 1834 para el cambio de expediente, en el que hace un repaso minucioso de su vida, desde su nacimiento y medio en que nació, hasta el momento en que presentaba el escrito. También su preocupación por la coetaneidad es indiscutible. Todos sus trabajos, muchos de los cuales han quedado inéditos, tienen claves autobiográficas. Obsesión que le llevó, finalmente, hasta autorretratarse en el prólogo del *Diccionario de hebreo* que terminó en Osuna en 1884.

Incluso hasta escribió en vida un relato autobiográfico para ser publicado después de su muerte, su increíble *Oración de un muerto en el día de su entierro*, aparecida en el mismo año de su muerte, 1889, en la misma imprenta donde, dos años antes, había aparecido su *Historia compendiada*. Publicación que, aunque destinada a la lectura pública en su entierro, tenía escrita desde hacía veinte años antes. Con lo cual inició un tipo de autobiografía «funeraria» que tuvo un «curioso» florecimiento entre ciertos intelectuales españoles liberales de tipo krausista: la *Memoria testamentaria* de Fernando de Castro, tan ensalzada por sus discípulos, y la *Minuta de un testamento* de Gumersindo de Azcárate.

Dos confesiones autobiográficas atormentadas de dos creyentes, precisamente amigos suyos los dos, que contaron de esta forma por qué habían abandonado la Iglesia oficial, que ejercieron un fuerte impacto, y que Antonio María, que las conocía, miró con cierto desdén.

Pues ¿cómo no habría de saber éste que la *Minuta* «publicada y anotada por W.», no era obra del bueno de D. Gumersindo con la intención de escribir un manual del perfecto krausista, con una idea de un «Dios personal» tan alejado de su consideración? El mismo con el que lo miraron otros discípulos, como el propio Castelar, quien dijo que «el krausismo parte de vaguedades filosóficas a cuyo término sólo hay abismos insondables».

Frente a tales otros ensayos, tan diferentes, la *Oración de un muerto en el día de su entierro* –su obra póstuma– tiene mayor enjundia y originalidad. Su comienzo, utilizando la primera persona: «Yo, Antonio María García Blanco, que nací en Osuna el día 24 de septiembre del año 1800, hijo legítimo del Dr. Antonio García..., que fallecí ayer y soy sepultado hoy», es bien particular.

En ella, después de dar «infinitas» gracias a Dios que lo crió, por haberlo destinado a «criatura racional y hecho hombre y no mujer», comienza dando gracias a sus padres, a la Iglesia, a sus maestros y a sus amigos, señalando que «la vida fue para mí, señores y amigos míos, una escuela práctica (y puede serlo para todos) en que aprendí a pensar, a ser, sentir, desear las cosas del modo que todos las ven, sienten y desean».

Tras señalar en la *Oración* que ha sido un ciudadano «honrado, pacífico y benéfico» («perdonadme la inmodestia pero estoy en el caso de decir la verdad»), no duda en señalar, sin embargo –este es su principal mensaje postrero– que «la política y la religión han falsado totalmente sus principios».

Sin haberse dado a conocer nunca esta su «memoria de ultratumba», tampoco se ha valorado su originalidad, ni tampoco comparado con las de sus colegas krausistas, tan estimadas por sus discípulos y recordadas en numerosas ocasiones. Quede ello para un posible estudio comparativo, pues lejos de las «vaguedades filosóficas» señaladas, en la *Oración* de Antonio María se ofrece una visión concreta y humana, quizás demasiado humana, de la filosofía y de la historia.

A lo que conviene añadir que cuando García Blanco escribió sus *Memorias*, incluidas la de «ultratumba», su autor era más conocido y prestigioso que sus compañeros de la Universidad autores de las otras, muchos más jóvenes que él y con bastante menor recorrido vital y profesional (que otra cosa fue su exaltación intelectual posterior). Pues, después de ser diputado, Antonio María García Blanco tuvo un indiscutible reconocimiento, que se vio incrementado después con el desempeño de su labor en la principal Universidad del país.

En 1851, aprovechando la publicación de la obra más importante de su vida, el *Diqdûq. Análisis filosófico de la escritura y lengua hebrea*, tan elogiada por el propio Menéndez Pelayo, publicó en su tercer volumen, dentro de un diccionario de hebraístas modernos y antiguos, un resumen de su propia vida, que resultó la biografía más extensa y cuidada de todas con anterioridad a su *Resumen de un siglo*.

Autobiografía que reeditó años después en la fecha muy representativa de 1869 –al año siguiente de «La Gloriosa»– con algunas escasas variaciones. Lo escueto de la actualización (en que suprime algunos elementos como una lista de sus alumnos y añade un pasaje enumerando sus trabajos literarios posteriores a 1851 y los que tenía en marcha o finalizados) ha llevado a pensar que, en aquellas circunstancias políticas, el autor quiso reencontrarse con la Universidad y con los intelectuales revolucionarios madrileños por medio de una suerte de carta de presentación personal. Esquema autobiográfico a modo de resumen, que retomará, finalmente, en sus líneas principales en su *Historia compendiada de una larga vida*, que aunque publicada dos años antes de su muerte en su imprenta de Osuna, había empezado a componerla por entonces.

Hacia 1877 escribió otra obra de contenido personal, en que anotó cuanto opinaba sobre los temas más variados. La tituló *Las mil y una verdades incontestables, o sean extravagancias, pensamientos originales propios y ajenos*, parodiando los famosos cuentos orientales. Acababa de jubilarse, y después de «cincuenta años enseñando y tres cuartos de siglo viviendo y viendo», pensaba que bien merecía la composición de aquel libro, que quedó inédito, escrito a la terminación del invierno «más benigno» que había conocido en Madrid (después de unos meses de diciembre, enero, febrero y marzo en que no hizo frío alguno en la capital). Ensayo autobiográfico también éste, «escrito *calamo corrente*,

sin pensar mucho ni temer el qué dirán», según sus propias palabras, que entonces pensaba fuese el «último acaso que emprendo». Y en el que, el autor se manifiesta como hombre «sincero y total, en plenitud de saber y criterios, burlón y profundo; terrible contra las supersticiones, revoluciones y mentiras de su tiempo, desenmascarando muchas patrañas políticas y religiosas, y cuestiones que no son de fe imbuidas en el pueblo a título de inventario eclesiástico».

Vuelto a Osuna años después, en 1883, es evidente que, con mayor tiempo a su disposición, García Blanco reavivó su vieja inclinación de escribir sobre sí mismo. En un trabajo que por entonces empezó a escribir, y que también dejó inédito, con el título tan representativo de *Para el año 1900, homenaje a Giordano Bruno*, volvió sobre los puntos que defendió en las Cortes de 1837, extractando las ideas que defendió, «pidiendo que se abolieran las órdenes religiosas, que no se mandara dinero a Roma por dispensas y socaliñas, que se reformara el clero y el servicio parroquial, que no se bautizara con agua fría».

Afán de volver sobre su pasado y dar cuenta de él que, por aquellas mismas fechas, le llevó a publicar «Mis primeros recuerdos» en el semanario local, probablemente de su propiedad como se verá más adelante, donde escribió con frecuencia. Lo mismo que ocurrirá con la nueva publicación local, que siguió al anterior, *El Centinela de Osuna*, también de su propiedad, en el que apareció la noticia de que se hallaba redactando un relato autobiográfico más extenso con el título de *Memorias de un ochentón, natural de Osuna y vecino de Madrid*. Título claramente sugerido por el de las *Memorias de un setentón, natural y vecino de Madrid* que Ramón de Mesonero Romanos había publicado en *La Ilustración Española y Americana* entre 1876 y 1879 y que en 1880 recogió en un volumen, que alcanzó gran éxito. Según confesión propia, en este «nuevo y curiosísimo libro, intitolado *Memorias de un ochentón natural de Osuna*», empleó «nueve horas diarias».

Éste sería el libro que, al final, habría de publicar con el título bien diferente de *Historia compendiada de una larga vida*, que empezó a publicarse cuadernillo a cuadernillo en la imprenta que él mismo compró e instaló en Osuna para publicar en ella su proyectado *Diccionario*. Pero que al final decidió imprimir en ella el *Resumen de un siglo*.

Según la versión de Francisco Rodríguez Marín en carta a Menéndez Pelayo:

Me pidió por carta que le corrigiera las pruebas y accedí; písele en el primer pliego resumir por reasumir... y ¡buena la hice! Vino un nuevo y definitivo rompimiento y me gané la advertencia de la página 9. Al llegar a las 359 páginas, un momento de lucidez hizo al señor García Blanco abandonar su propósito, y ahí quedó la impresión, sin que él diera a nadie, que yo separa, ejemplar alguno.

Versión personal interesada en extremo y no poco malevolente –¡«un momento de lucidez» para «abandonar su propósito!»– que tanto aclara sobre el destino del libro.

A consecuencia de lo cual, el libro no terminó de imprimirse del todo, cuando estaba a punto de tirarse el último cuadernillo. Ya que, según su biógrafo, allí estaba el Bachiller de Osuna, «muy sobre aviso para manejar los hilos precisos y evitar la dura sentencia contra él mismo y contra Osuna» que se vislumbraba en la última publicación autobiográfica de su anciano autor.

Pues, en opinión de aquél, la no publicación completa del libro se debió, con toda evidencia, a «oscuros manejos que fueron empleados en la edición y terminación del libro». Pero, aparte de ello, éste tampoco se distribuyó. Una vez en manos de el Bachiller de Osuna, tras la muerte del viejo cura, aquel hizo lo posible por evitar su distribución, lo que ha motivado que el libro que editamos sea, efectivamente,

rarísimo. Pues con los dedos de la mano pueden contarse los ejemplares de la *Historia compendiada de un siglo* que han sobrevivido.

Desde luego muchas son las originalidades que presenta la autobiografía de Antonio María, en la que, en verdad, como ya el mismo señaló en el prólogo, hizo de historiador, de novelista, de político y hasta de profeta. De aquí que el lector de hoy pueda sorprenderse de la mezcla de estilos, en donde se hallan combinados por una parte la narración de los hechos, las más de las veces como hacen quienes con profesionalidad se ocupan del pasado, y en otras como hace el novelista. Que sobre esto último, el autor ofrece fragmentos que lo acercan a las páginas del mejor estilo costumbrista tan en boga en los escritores de la época.

Por fortuna, de un tiempo a esta parte, el nombre de Antonio María García Blanco y sus *Memorias* han encontrado un mayor interés, a lo que contribuyó inicialmente la publicación de los trabajos de Pascual Pascual Recuero, quien sin duda fue su gran descubridor como hebraísta, y por algunos investigadores locales que intuyeron el valor de sus memorias. A lo que hay que sumar el interés de un grupo minoritario de entusiastas en su tierra natal de Osuna, conscientes de la destacada personalidad de su paisano. A ellos se ha debido

que en el pasado 2006 se hiciera una edición facsimilar del Resumen del Siglo en la Asociación de los Amigos de los Museos de Osuna, con presentación de José María Rodríguez Buzón e introducción a cargo de José Manuel Ramírez Olid.

Precisamente el hecho de existir esta edición facsimilar es la que me ha impulsado a presentar esta nueva edición anotada, en la que he modernizado la ortografía y puntuación, aligerándola en la medida de lo posible de los hebraísmos y caracteres hebraicos a que tan aficionado fue siempre su autor.

Ante la riqueza, verdaderamente incomparable, de un texto como éste, no he ahorrado esfuerzo ni espacio para comentar tantas y tan sugerentes cuestiones que estamos seguros ayudarán al lector a comprender mejor el mundo de García Blanco dentro de un retrato de grupo que desde el principio hasta el final de su larga vida se presenta tan rico como alejado de los caminos trillados en obras de su género.

En el estudio introductorio de esta nueva edición —que he titulado *Memorias de un cura liberal exaltado, 1800-1889*, Sevilla, Ed. Alfar, 2016, 663 pp.— he procurado extraer muchos datos procedentes de otros escritos del autor que completan el fascinante relato que por sí mismo constituyen sus memorias.


PATRIMONIO

PINZAS METÁLICAS CALADAS DE LA NECRÓPOLIS IBERO-TURDETANA DE LAS ALCAIDÍAS, OSUNA

Por

JUAN A. PACHÓN ROMERO¹

Arqueólogo

o hace demasiado tiempo, con motivo de una aportación en estas mismas páginas sobre el hallazgo de elementos de un carro orientalizante o derivado (Pachón, 2011), aludíamos a los restos de una de las necrópolis donde se enterraron los difuntos de la pretérita Osuna, en tiempos ibero-turdetanos, al noreste de la muralla Engel/Paris. Así completábamos la información sobre los espacios funerarios de ese momento que ya habíamos considerado en una anterior entrega en idéntico espacio editorial, en la que analizábamos la posibilidad de una dualidad habitacional en la pretérita Osuna, precisamente entre los lugares del cerro de La Quinta y Los Paredones (Pachón, 2009). La idea giraba en la posibilidad de que el espacio intermedio entre aquellos dos altozanos podría haberse ocupado por un área necropoliar que podría extenderse entre los límites más al este de la ladera oriental del cerro de Los Paredones y la sur occidental del de La Quinta. Los vestigios arqueológicos podrían evidenciar cómo esa necrópolis se ubicaría en las cotas más bajas de esta última elevación toponímica y que pudiera alcanzar —al menos— hasta la zona meridional del entorno del muy conocido Baño de La Reina, que se localizaría en una cota más elevada respecto del terreno más bajo que se extiende hacia el sur. Exactamente ahí, en el cambio de vertiente que encontramos hoy a la derecha del barriada de la Farfana Alta y esa pequeña plataforma del baño *impluvium* citado, se produjo el hallazgo con el que iniciamos el título de este trabajo (fig. 1 y 2: 1). Todo ese espacio se ha venido llamando con

alguna imprecisión «Alcaidías», pero indefinición aplicable a la verdadera extensión de la necrópolis que indicamos. Bien es verdad que, en esa catalogación necropoliar, contamos con hallazgos muy escasos, básicamente superficiales, mientras la documentación disponible sobre los mismos resulta también bastante limitada. Así, tampoco es seguro que la totalidad de la superficie necropoliar fuese de un extremo al otro de los dos puntos señalados, pues faltarían hallazgos contrastados en los espacios intermedios, aunque ello sería lo más lógico y deberían comprobarse en un futuro si se acometiese una intervención arqueológica al efecto. De hecho, sí sabemos que la franja inferior (occidental) de la plantación que vemos a la izquierda de la imagen (fig. 1), compuesta por unas hileras de olivar con orientación de noreste a suroeste, señalaría el límite con un espacio de tierra calma más oriental, donde en la década de los sesenta del siglo pasado ya se habían levantado algunas plantaciones de olivos y se estaban introduciendo sistemas de labor agrícola profundas, que sacaban a la luz esporádicos restos cerámicos, conformados por fragmentos de vasijas y fondos hundidos típicamente ibéricos o ibero-turdetanos, pero de filiación claramente funeraria.

La unión de este espacio con el del hallazgo de las pinzas de bronce (fig. 2) que nos ocupa (Pachón, 2002: fig. 13), en una zona donde nunca han sido demasiado abundantes otras recuperaciones arqueológicas superficiales, que sí lo son en otros ámbitos claramente habitacionales del resto del yacimiento, supone también un indicio añadido de que toda esa zona pudo tener un uso necropoliar antiguo, enlazando el área propiamente de Las Alcaidías con las laderas perimetrales de La Quinta, donde se recogieron los fragmentos de las urnas funerarias que antes indicábamos. Tampoco es

¹ Universidad de Granada (Grupo de Investigación HUM 143) & Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, japr1953@gmail.com y http://japr5.blogspot.com.